

Fascículo 18 — AGARRARSE SIN MIEDO

(Mc.5,24-34)

Hemos terminado la escena del encuentro con Jairo. Ahora viene la curación de la hemorroísa y la resurrección de la hija de Jairo.

Iremos por partes. Primero leeremos lo tocante a la mujer... ¿Cómo le llamamos a esta escena? ¿“La curación de la hemorroísa”? De ponerle nombre, es preferible hacerlo al final de la lectura. Porque estos títulos no pertenecen al texto original de Marcos. El enunciado nos sirve para resumir su contenido, para entendernos entre nosotros. Si, al final, coincidimos en llamarle “*la hemorroísa se cura*”, no hay problemas.

“Lo seguía gran multitud de gente, apretujándolo.

Una mujer que llevaba doce años con un flujo de sangre, que había sufrido mucho por obra de muchos médicos y se había gastado todo lo que tenía sin aprovecharle nada, sino más bien poniéndose peor, como había oído hablar de Jesús, acercándose entre la multitud, le tocó por detrás el manto. Porque ella se decía: Si le toco aunque sea la ropa, me salvaré. Inmediatamente se secó la fuente de su hemorragia, y notó en su cuerpo que estaba curada de aquel tormento. Jesús, dándose cuenta interiormente de la fuerza que había salido de él, se volvió inmediatamente entre la multitud preguntando:

— ¿Quién me ha tocado la ropa?

Los discípulos le contestaron:

— Estás viendo que la multitud te apretuja ¿y sales preguntando quién me ha tocado?

Él miraba a su alrededor para distinguir a la que había sido. La mujer, asustada y temblorosa, consciente de lo que le había ocurrido, se acercó, se postró ante él y le confesó toda la verdad. Él le dijo:

— Hija, tu fe te ha salvado. Márchate en paz y sigue sana de tu tormento” (Mc 5, 24-34).

Como hemos hecho con la anterior escena, vamos a dividirla en unidades lógicas para facilitar la lectura.

Recordemos primero que nuestro protagonista se encamina a casa de Jairo. La primera frase de Marcos: “*Lo seguía una gran multitud que lo apretujaba*” es un apunte previo a la aparición de los personajes y al desarrollo de la acción. Su función consiste en precisar el ambiente en el que van a estar envueltos los acontecimientos. Podemos tomarlo como un prólogo.

El sujeto indeterminado, “*una gran multitud*”, empalma esta unidad con el relato anterior, donde aparece también esta misma expresión nada más arribar el Galileo a la costa. La indeterminación puede hacer pensar en una multitud diferente a la primera, pero Marcos no pretende otra cosa sino presentar a un volumen de gente, cercana y expectante, de la que él espera alguna reacción individual positiva hacia su propuesta.

Para nuestro narrador, las masas actúan de parapeto donde se oculta la indecisión. En nuestro relato la multitud aparece como una realidad colectiva vacilante. Su disposición neutra ayuda a resaltar la figura y el arrojo de los auténticos protagonistas. Cuatro veces se repetirá en este relato el término “*multitud*” marcando una clave de lectura.

Hemos oído que el relato comenzaba afirmando: “*Lo seguía...*”. Esa expresión es susceptible de ser interpretada como raíz técnica para designar el seguimiento del Galileo, con lo que se ampararía la tesis de que Marcos habla de una multitud de seguidores. Sin embargo, casi siempre que aparece la multitud en escena juega un papel secundario, supeditado a destacar personas, actitudes o hechos importantes de la narración. Los personajes que hemos visto aparecer en el texto de Marcos son modelos de compromiso personal para una multitud que dificulta el acercamiento.

Esos datos nos ayudan a entender el verbo usado por Marcos en el sentido amplio de *acompañar*, no en el técnico de *seguir*. Habría que leer: “*lo acompañaba una gran multitud*”. Por lo demás, la referencia “*a él*” en vez de reforzar en esta ocasión la idea de seguimiento, sirve para señalar que el movimiento masivo se produce exclusivamente en torno al Galileo, excluyendo a Jairo al que no se mencionará en esta escena.

Así pues, a la vista de lo ocurrido con Jairo, las masas se mueven deseosas de ver cómo termina el lance. Caminan, rodeando al Galileo, aunque siguen alejadas de su proyecto.

Marcos nos confirma ese sentido, cuando explicita el comportamiento de la multitud: “*que lo apretujaba*”. La fórmula ha sido escogida a conciencia para caracterizar el flujo agobiante de las masas cercandose pegajosamente a nuestro protagonista. Con esta precisión, prepara también la acción del principal personaje que intervendrá de inmediato.

Marcos presenta, pues, como contexto de la escena, a una muchedumbre que, al no responder al mensaje de las parábolas, permanece en ese terreno confuso y desalentador, propio de los que aguardan llenos de curiosidad su liberación, sin mover un dedo por desembarazarse de los lazos ideológicos que les mantienen esclavizados.

Una vez terminado este pequeño preámbulo, consideremos como una unidad la presentación del personaje que entra en escena y su actuación respecto a nuestro protagonista.

Marcos comienza su amplia descripción, diciendo: “*Una mujer que llevaba doce años con un flujo de sangre*”. El sujeto es “*una mujer*”, la primera que va a intervenir activa y directamente en su evangelio. Anteriormente se había mencionado a la suegra de Simón, pero su breve papel se inscribió en el comentario del narrador (1, 30-31).

La mujer estaba considerada en el mundo judío como un ser de segunda categoría, bajo el dominio permanente del hombre. Esa condición de inferioridad, dogmatizada por prescripción divina según el libro del Génesis: “*A la mujer le dijo: ...tendrás ansia de tu marido y él te dominará*”, confinaba su potencial humano a los límites marcados por su condición femenina: hija, esposa, madre; relegaba su actividad a funciones siempre subalternas; postergaba sus derechos a la mayor conveniencia del hombre, que la arrinconaba, en definitiva, en el domicilio regido por él, sin posibilidad alguna de acercarse a cometidos con relevancia política, social, económica o religiosa.

En su texto original, Marcos emplea una larga cadena de participios griegos para pormenorizar el estado de la mujer. El primero de ellos, muy bien traducido por: “*que llevaba*” (literalmente, *siendo o estando*), hace referencia al suceso fundamental que le afectaba. Como el resto de los que encontraremos a continuación, dibuja una situación prolongada, sin modificación desde su origen.

La matización del narrador respecto al tiempo que perduraron las circunstancias padecidas por la mujer (“*doce años*”) tiene una clara intencionalidad. El plural, “*años*”, alude a larga duración. El “*doce*”, como recordarán de la escena de la constitución de la nueva sociedad, tiene un sentido simbólico referido al pueblo. Este dato, unido a la ausencia de artículo al citar a la mujer y al carácter exclusivamente femenino de la patología que se presenta a continuación, conceden al personaje un sentido doblemente representativo. Por una parte representa al ser humano en su condición femenina y, por otra, es figura del pueblo en la delicada situación por la que atraviesa. No es de extrañar ese doble simbolismo, común en la literatura del Antiguo Testamento. Mujer y pueblo suelen coincidir en su historia de opresiones y sufrimientos.

El hecho que ha marcado a la mujer desde hace tanto tiempo lo determina Marcos escribiendo literalmente: “*estando en un flujo de sangre*”. Al igual que vimos en el versículo 2, en el episodio del hombre de la Decápolis, donde se hablaba de “*un hombre en un espíritu inmundo*”, esta expresión, en lugar de la más lógica para nosotros: “*un flujo de sangre estaba en ella*”, define tanto el carácter endémico de su enfermedad cuanto la sangrante situación en la que se encontraba inmersa; una situación que interfiere los aspectos más esenciales de su vida.

Mateo, en un relato mucho más breve y menos interesado en la figura de la mujer, resumió todo su problema con un verbo cuyo significado es *tener una hemorragia o padecer de hemorragias*. Al aplicarlo en su forma sustantivada: *que padecía de hemorragias*, la lectura aliterada del griego “*haimorroousa*” inspiró la idea de usarla como apodo con el que se ha conocido popularmente al personaje de nuestra escena: “*hemorroisa*”. Pero Marcos no utilizó ese verbo para sintetizar su situación. Se mostró más detallista a la hora de perfilar al personaje.

Como consecuencia de su regulación legal, la patología enunciada comportaba unos efectos sociales cuyas estipulaciones pueden leerse en Lev 15, 25ss., completando las relativas a la menstruación (Lev 15, 19-24). Las múltiples y graves consecuencias sociales prescritas por la ley para esta afección potencian la fuerza representativa de esta figura femenina.

El carácter endémico del trastorno hace alusión al estado de abatimiento de la mujer, postergada en una situación social de aislamiento forzado, en la que se han cortado para ella las posibilidades de comunicación, relación y contacto humano. Lleva colgada bien a la vista la etiqueta de peligrosa, por el riesgo de contaminación que comporta su cercanía. Se exige, por lo tanto, mantener respecto a ella una distancia de seguridad inviolable.

La condición irremediable de la enfermedad destapa otros aspectos indicativos de la grave situación. La prohibición tajante de mantener relaciones sexuales representa una condena al ostracismo, congela la posibilidad de compartir físicamente el amor, tener relaciones familiares normales, transmitir libremente la vida. Para la mujer queda la represión. Se le ha vedado la prodigalidad, el exceso, la exuberancia. Para ella se han proscrito las relaciones humanas más cercanas, confinando los sentimientos en el despropósito de la lejanía.

A la mujer se le ha denegado la amistad, la camaradería, la mutua correspondencia, el acuerdo; en definitiva, todo vínculo que explore con absoluta libertad lo más plétórico de la propia individualidad. Se teme, en el fondo, que rastree en sus propias posibilidades de desarrollo personal y colectivo. Asustan la entrega desinteresada, la generosidad, el amor incontrolado. Se observa la libertad como un riesgo que abre la puerta a la tan temida indocilidad.

El tipo de enfermedad habla, por último, del derrame lento y constante de la vida. Según el Antiguo Testamento y para la mentalidad judía de la época, por la sangre fluye la vida. La pérdida crónica de sangre impide, a la larga, su regeneración; el resultado es un progresivo e imparable debilitamiento. La mujer sufre de una fuga permanente de su energía vital, disipándose en el desánimo que no halla alivio ni remedio. Con esta enfermedad de su personaje, nuestro narrador ha elegido el caso apropiado para explicar la situación de desahucio que padece la mujer, avisando, a un tiempo, que el pueblo se desangra.

La narración de Marcos no se queda en la mención del mal que aqueja al personaje, sino que se explora en detalles descriptivos para esbozar su lamentable estado. Un nuevo participio con sentido fuerte, traducido por “*que había sufrido*”, unido al adverbio “*mucho*”, expresando intensidad, habla de una experiencia negativa contraria a la que merece y ansía cualquier ser humano. La expresión define tanto el sufrimiento constante soportado por la mujer cuanto su impotencia para evitarlo. El dolor se ha convertido en indeseado compañero; la inevitable desdicha ha pasado a convertirse en condición inherente a ser mujer, o ser pueblo.

Pero, lo llamativo, es la causa del gran padecimiento. En contra de lo esperado por el lector, no lo ocasiona la enfermedad: “*por obra de muchos médicos*”. La preposición utilizada por Marcos, significando: *por causa de, por obra de, bajo la dirección de*, tiene un carácter marcadamente activo, de forma que denuncia, en los que provocan el daño, la responsabilidad de haber intervenido a sabiendas de las consecuencias que tendría su actuación. A ellos se refiere con la expresión: “*muchos médicos*”, haciendo hincapié en la abundancia (“*muchos*”) de los causantes (“*médicos*”) de tan prolongados e inacabables sufrimientos. Sorprendentemente, los mismos profesionales encomendados a la tarea de trabajar para hacer prevalecer la salud, sanando y mitigando el dolor, son acusados por Marcos como los auténticos responsables de haber conducido la enfermedad a un estado de suplicio inacabable.

La paradójica figura colectiva de los médicos causantes del daño juega un doble papel simbólico en consonancia con la duplicidad de significados de la figura femenina:

Representa, por un lado, al hombre en su concepción más genérica. De él, como compañero, debía esperar la mujer la máxima lealtad, ayuda y colaboración. Ha recibido, en cambio, el arrinconamiento que la ha conducido a una situación de permanente desazón y tortura. La huella histórica y universal de la condición femenina da la razón a Marcos. Delata la descomunal traición del inhumano compañero, en quien había depositado su máxima confianza.

Por otra parte, la contradictoria y plural figura de los infames facultativos, personifica al numeroso (“*muchos*”) grupo humano de los que se arrojan el papel de dirigir y conducir al pueblo por los caminos que a ellos mejor les viene; de los que se arriman a la sombra de esos dirigentes para participar en funciones tan honorables y respetadas; de los que, escondidos detrás, los mueven con el peso específico de su patrimonio y sus condiciones de especial grandeza; y, también, de todos aquellos que, por no oler a humanidad, se descolocan sin importarles el grado de servidumbre a pagar y se alejan del contagioso pueblo, en busca de algún resquicio de poder.

Todo ese grupo de destacados del circo social representa la maquinación, la vileza y la alevosa deslealtad hacia el pueblo del que, cobarde y engañosamente, desertan para constituirse en sus siniestros verdugos, saqueadores de su sosiego, su bienestar y su vida. Los mismos que aparentan ser los responsables de mantener la salud del pueblo están plenamente dedicados a arrebatársela lenta e incesantemente, sumiéndolo en un estado de invalidez progresiva.

Ya vamos conociendo a Marcos. Nos ha demostrado ser insistente y puntilloso hasta el punto de pasar por cargante. Se trata de su apuesta por no dejar cabo suelto. Quiere penetrar hasta el fondo. Para lograrlo, aporta datos, más allá de lo esperable, con el fin de redondear el dibujo de su personaje. A su juicio, encierra un alto interés y no quiere dejarse nada en el tintero.

Para nuestro narrador no basta la reseña hecha sobre el estado de la mujer. Así pues, añade: “y se *había gastado todo lo que tenía*”. Con otro participio traducido a nuestra lengua por: “*que había gastado*” profundiza en las penalidades soportadas por el personaje. El verbo, al que este participio pertenece, no aparece en los evangelios salvo aquí y en la parábola de Lucas, popularmente conocida por el inadecuado título de: “*El hijo pródigo*”. En esa ocasión se emplea para decir que el hijo había consumido hasta el último céntimo (“*cuando se lo había gastado todo*”). En ambos casos va asociado a la expresión “*todo*”, para señalar, tanto la integridad de lo perdido, cuanto la indigencia en que han quedado sumidos los personajes.

Habría sido suficiente dejarlo así, como hizo Lucas en la parábola, para que los lectores se hicieran una imagen del significado del importe gastado. Sin embargo, Marcos añade un detalle sobre la procedencia y la realidad de los bienes utilizados: “*lo que tenía*”. La expresión se traduce literalmente por: “*todo lo de ella*” o “*todo lo suyo*” e indica que nuestro personaje pagó por su rehabilitación la totalidad de lo que le pertenecía como mujer.

Los honorarios médicos no han garantizado la curación de la mujer enferma, a la que han despojado sin escrúpulos “*de lo suyo*” asegurándose con ello el incremento de la propia renta patrimonial. Ese juego desequilibrado de garantías, unas negadas y otras afianzadas mediante el robo, confirma a los responsables de la salud, como administradores de la enfermedad e ingeniosos especialistas en acumular a costa de los débiles.

Su situación de desposeída denuncia que la entrega constante al hombre de todos los valores propios que la diferencian como mujer y la enriquecen como persona ha sido recompensada por parte de éste con la usurpación de esos valores.

De igual forma, el pueblo expropiado ha cedido lo que le pertenece en propiedad: la igualdad, la libertad, la autoridad, la cohesión, la paz, la tierra... en manos de los que se han atribuido la responsabilidad de representarlo y dirigirlo. Pero ellos han ofrecido garantías... únicamente para cobrar. Han actuado de forma idéntica a aquellos que expulsaron al Galileo de la Decápolis: Se han hecho dueños de la tierra, engordan cerdos y menosprecian al pueblo al que han abandonado en un lamentable estado de desfallecimiento crónico.

Pese a haberlo dejado todo en el intento, Marcos expresa el nulo resultado obtenido por la mujer, añadiendo: “*sin aprovecharle nada*”. La frase, formulada con un adverbio (*en nada, de ningún modo*) unido a un nuevo participio, esta vez en voz pasiva: *habiendo sacado provecho*, tiene un sentido negativo claramente categórico con el que pone sobre el tapete la falta de correspondencia entre lo que la mujer entregó (“*todo lo suyo*”) y lo recibido a cambio (“*sin aprovecharle nada*”).

Este resultado confirma que las expectativas generadas por la donación de “*lo suyo*” fueron absolutamente defraudadas. La enseñanza aportada por el nuevo dato es terminante: El hombre y la estructura de dirigentes del pueblo no sólo han originado la gran decepción humana, sino que se han ratificado históricamente como los estafadores de la vida.

En su empeño por llegar al final sin dejarse nada atrás, Marcos agrega un último detalle: “*sino más bien poniéndose peor*”, con el que ultima su exposición sobre el estado de esta figura femenina. El resultado paradójico de la terapia usada por los médicos se constata con un nuevo participio griego, literalmente: “*habiendo llegado*”, usado para señalar el grado de decadencia alcanzado por la mujer: “*a lo peor*”.

Marcos deja ver las claves del absurdo y disparatado contrasentido que subyace bajo una situación tan calamitosa. Los desposeídos no tienen solución. El ladrón y violador ha sabido labrarse su futuro atribuyéndose un trabajo estable, legalmente reconocido y bien remunerado, que le garantiza su inmunidad y la propiedad de lo robado: ¡El de buscar y restituir a sus verdaderos dueños lo que él mismo se apropió!

Hemos terminado la descripción del estado de la mujer. No se ha hablado de otra cosa sobre ella. Ahí radicaba el interés de Marcos. Entramos a ver ahora sus primeros movimientos, su actuación respecto al Galileo y las consecuencias inmediatas de su decisión. Con ello completaremos lo que será el primer acto de esta escena.

Aunque estamos ya fuera del dibujo pormenorizado de la situación de la mujer, Marcos no cesa en sus participios. Les seguiremos la pista hasta descubrir donde desembocan. Los utiliza como piedras sobresaliendo del caudal de un río para permitir al lector el paso a través de ellas en busca del objetivo pretendido con su relato. Sabremos cuál es, inmediatamente después que cambie a un tiempo verbal diferente. Él nos indicará el momento cumbre de la escena.

La actuación de la mujer se introduce diciendo: “*Como había oído hablar de Jesús*”. El nuevo participio griego traducido por: “*habiendo oído*” prepara la acción y sienta la primera base a partir de la cual la mujer toma su determinación. Recuerden el uso frecuente de este verbo en la enseñanza con parábolas. Allí, señalaba la disposición idónea para aceptar favorablemente el proyecto de Galileo. En este caso, el “*haber escuchado*” impulsa la acción de la mujer. Como podemos suponer, la intención de Marcos apunta directamente a los lectores.

La frase se completa con la expresión “*acerca de Jesús*”, que incluye el nombre propio del Galileo como la referencia fundamental del verbo oír.

Estamos siguiendo la versión original de Marcos. En ella no aparece el verbo “*hablar*”. Se ha utilizado al traducir porque, para nuestra lengua, se halla implícito en una preposición griega que significa: *acerca de*. El texto original dice literalmente: “*Habiendo oído acerca de Jesús*”. La preposición elude los comentarios y se centra en lo que ha hecho mella en la mujer: la persona y la praxis de nuestro protagonista.

Lo que ha llegado a la mujer es esencialmente su proyecto, interpretado debidamente por ella en claves existenciales. Esa lectura le impulsa automáticamente a buscar en él la salida del atolladero donde la han arrumbado los saqueadores de su vida.

Marcos reseña el movimiento de la mujer, incluyendo a la multitud por segunda vez en su relato: “*acercándose entre la multitud*”. El último participio griego, que se traduce esta vez por “*acercándose*”, expresa la fuerza decisoria de la mujer, que lucha en su andadura contra las dificultades (“*entre la multitud*”). La multitud aparece, como no podía ser de otro modo, complicando el acercamiento al Galileo.

El ambiente es similar al del episodio del paralítico. Si en aquella ocasión el inconveniente se agrandaba físicamente por la contrariedad añadida de la camilla, aquí el impedimento de la mujer comporta mayor gravedad. ¡Su movimiento es ilegal! ¡Está penalizado! ¡Trae consecuencias de contaminación para todos los que ella haya rozado! La mujer tiene absolutamente prohibido acercarse a nadie. A pesar de lo cual, no se arredra; desdeña el temor al castigo. En contraste con Jairo, con mucho que perder, ella lo tiene todo perdido. Jairo se jugó su prestigio y su futuro. La mujer, sin lo uno ni lo otro, compromete lo único que le queda, su presente.

Marcos describe el momento culminante de la acción de la mujer al escribir: “*le tocó por detrás el manto*”. El adverbio “*detrás*” o “*por detrás*”, colocado entre la frase anterior y ésta, puede ser interpretado unido a una u otra. Veréis. Vamos a leerlo siguiendo exactamente el texto original griego para comprenderlo mejor: “*acercándose entre la multitud por detrás le tocó el manto a él*”. Leerlo unido a la primera o a la segunda frase significaría, en un caso, que se acercó por detrás, y en el otro, que tocó su manto por detrás. De todas formas, no se crea ninguna alteración del sentido por interpretarlo de cualquiera de las dos maneras, puesto que la referencia del adverbio es el Galileo. Debe entenderse, sin embargo, como ha querido Marcos al escribirlo de este modo, que el doble movimiento de acercarse y tocar su manto se efectúan a escondidas, es decir, por detrás.

El pretérito indefinido (“*tocó*”) rompe la cadena ininterrumpida de participios griegos y fija el lance crucial adonde ha desembocado toda la historia contada sobre la mujer. Ni siquiera llega a alcanzar al Galileo. Marcos precisa: “*el manto de él*”. Pero eso era precisamente lo que ella pretendía, según veremos más adelante.

El verbo “*tocar*”, que Marcos siempre emplea relacionado con el Galileo y su actividad liberadora (Mc, 1, 41; 3, 10; 6, 56a.56b; 7, 33, 8, 22; 10, 13), se repite cuatro veces en este relato. Esta reiteración subraya la importancia del gesto en la enseñanza que el narrador quiere transmitir. El objetivo a alcanzar era el manto, que en su sentido figurado, representa a la persona misma del Galileo.

El manto era la prenda del vestido exterior. Confeccionada con hilo grueso, en forma rectangular, casi cuadrada, podía colgarse sobre uno o dos hombros. Estaba considerada pieza fundamental del vestido, sin la que el hombre se encontraba desnudo. También se usaba para acostarse sobre él y taparse. Por lo cual, se trataba de una prenda necesaria, hasta el punto de que quien la tomaba empeñada, estaba obligado legalmente a devolverla a su dueño antes del anochecer.

Tocar el manto suyo significaba entrar en la esfera personal del Galileo. Suponía lograr la máxima cercanía respecto a él sin que se notara, conservando el anonimato. La forma de actuar de la mujer contrasta con la de Jairo. Éste fue de frente, realizó su gesto ante los ojos de la multitud; la mujer no tuvo más remedio que intervenir por detrás, a escondidas. En la diferencia se percibe el temor de la mujer a ser descubierta por la maquinaria legal que la tiene sometida y condenada al aislamiento.

Por la forma de narrar de Marcos podemos deducir que el movimiento de la mujer no se debió a un arrebato, sino que fue resultado de una acción bien meditada. Diríamos que en su recorrido hay tres momentos: Uno dedicado al análisis, otro a la estrategia, y el último, a la ejecución.

Observen cómo encajan los hechos en ese esquema:

La mujer parte de su conciencia y de la reflexión sobre la experiencia sufrida. Obtiene de ellas conclusiones prácticas. Seguir esperando no sirve de nada. Una actitud pasiva, aguardando la solución de otros, se ha demostrado contraproducente. La experiencia histórica es visible y aleccionadora. La lógica y el análisis se imponen para discernir dónde se halla la auténtica salida del laberinto. Esa postura dinámica coincide con la disposición que solicita el Galileo en su enseñanza con parábolas: Escuchar. La mujer ha descubierto su propio horizonte en ese proyecto anunciado por el hombre de Galilea.

A partir del análisis busca el momento idóneo. Esta etapa pasa por la búsqueda de la fórmula que le permite vencer el obstáculo representado por las masas despersonalizadas. Al igual que ocurrió en el episodio del paralítico, cuando los portadores encontraron la manera de sortear el impedimento multitudinario, nuestro personaje ha sabido elegir la estrategia eficaz. Allí, los cuatro de la camilla no repararon en destruir el tejado sin preocuparles ni la dificultad ni el ruido. En esta escena, la mujer escoge la sagacidad y la discreción.

La imponente atracción de la vida impulsa a la mujer a pronunciarse por ella, venciendo los dos obstáculos que obstruyen el camino: los alienantes colectivos despersonalizados y la norma legal que coarta, encorseta y sanciona. La mujer interviene con talento, buscándole las vueltas a la multitud y a la ley. Emplea la táctica de ir por detrás. Su itinerario no refleja cobardía, sino astucia.

Los dos momentos anteriores culminan cuando ella da el salto definitivo hacia su rehabilitación como mujer y abandona el sistema que mata. Creyó que, para no descubrir públicamente su transgresión de la ley, no tenía mejor opción que agarrarse al manto del Galileo. Asir el manto suyo y penetrar en la esfera personal del Galileo fue el objetivo que se propuso para escapar del círculo mortal que la atenazaba.

La mujer meditó a fondo. Marcos da un apunte sobre las reflexiones hechas por la mujer antes de emprender el viaje hacia su objetivo: *“Porque ella se decía: si le toco aunque sea la ropa, me salvaré”*. La expresión primera (*“pues decía”*) da entrada a las cuentas que se echaba nuestro personaje fundamentando para sus adentros la determinación que había tomado.

La lógica de su razonamiento resulta tan sencilla como la enseñanza que Marcos quiere transmitir: En el paso decisivo hacia la aceptación de la sociedad alternativa comienza la libertad. La reflexión de la mujer expone con brevedad su convencimiento sobre las consecuencias esperadas de su decisión. La maduración de su estrategia se expresa con convencimiento: *“si agarro aunque sea la ropa suya”*.

La frase no tiene desperdicio. Veámosla con algún detenimiento. Comienza con una conjunción traducida por *“si”* que inicia la formulación de su hipótesis. El verbo (*“me agarro”*), expresando su intención, encierra un significado que supera el simple roce o tacto superficial. Marcos elude lo mágico, penetrando en el deseo de la mujer por agarrarse o engancharse a la fuerza que le sacará de su situación de excluida. Sus argumentos estaban cargados de sensatez. La máxima aproximación al Galileo suponía desembarazarse de las raíces que la tenían confinada en los sótanos de la humanidad.

Una segunda conjunción (*al menos, siquiera*) establece los límites mínimos considerados suficientes por la mujer para conseguir sus fines. El término *“vestido”* o *“manto”*, en plural y acompañado del pronombre personal, que identifica a la persona del Galileo (*“de los vestidos de él”* o *“de sus vestidos”*), avala el fuerte sentido de su acción, precisando la profunda aspiración de la mujer, que ambiciona agarrarse como sea a la libertad y engancharse a la vida. Quizá este sentido se capta mejor si traducimos: *“pues decía: si me agarro siquiera a sus vestidos...”*.

De su acción de agarrarse al manto, la mujer espera unas consecuencias: *“me salvaré”* o *“estaré salvada”*. Su sentido común se descubre a nivel de su coraje. Este mismo verbo y en idéntico tiempo utilizó Jairo para expresar lo que deseaba para su hijita. Con él confirman una y otro la firmeza de su decisión, al tiempo que, indirectamente, mandan a la ley que margina al lugar de los trastos inservibles.

La mujer, llena de valentía, sin escrúpulos, actuó por su cuenta. Nadie tuvo que pedírselo; ni siquiera insinuárselo. Tampoco necesitó que alguien la acompañara. Atravesó la línea sugerida por el Galileo a la multitud, dejando con sus huellas el camino marcado.

Como modelo, animó a los discípulos, a los lectores, y especialmente a la mujer universal y a los pueblos a los que representaba con el gran argumento femenino que sacó a relucir: ¡sus agallas! Su

arrojo señala lo subversivo de sus razonamientos. No pensó que su acercamiento contaminara al Galileo; sino, al contrario, que su contacto, le liberaría a ella. Su tesis quedaría avalada por la realidad. La liberación se sostiene en un discurso inverso al de la estructura legal que deshumaniza.

El efecto de su opción no tardó en llegar; produjo, sin rebajas, el resultado que ella ambicionaba: *“inmediatamente se secó la fuente de su hemorragia”*. La relación entre asirse a las ropas y lograr el efecto deseado es incuestionable. No hay que esperar (*“inmediatamente”*). Al decir Marcos: *“se secó”*, confirma la sólida certidumbre sobre el resultado obtenido. Su acercamiento al Galileo le ha procurado suprimir de raíz el origen (*“fuente”*) de su deterioro y el goteo incesante (*“de su hemorragia”*) que le arrebatava su existencia.

No hay efectos mágicos en la escena. La restitución de la mujer a su estado de plenitud humana se ha conseguido gracias a su propia decisión de abandonar el sistema legal que la había conducido al desahucio. Lo hizo con voluntad, reflexionando previamente, renunciando a los principios que la desangraban y optando, al paso del Galileo, por la subversión de los valores propuesta por él en su mensaje. Su alternativa se ha mostrado absolutamente eficaz. El atrevimiento del personaje femenino de nuestro relato se ha convertido en ejemplo para la mujer que se derrama y para el pueblo que se desangra.

Pero Marcos ahonda todavía en el interior del personaje. Aporta a sus lectores un último detalle con el fin de calar en su reflexión, sus sentimientos y sus emociones. Con esa intención, termina escribiendo: *“y notó en su cuerpo que estaba curada de aquel tormento”*. La acción se centra en la percepción que tuvo la mujer respecto al cambio radical ocurrido en ella. Con una experiencia vivida intensamente (*“en su cuerpo”*), pudo notar los efectos de la libertad.

Nuestro narrador resume la experiencia de la mujer diciendo: *“que había quedado curada”*. Lo hace con el fin de subrayar el alcance y la estabilidad de su lograda plenitud humana.

Para un narrador distinto al nuestro, la idea ya se habría completado llegados a este punto de la narración, pero Marcos apura al límite, y detalla: *“de aquel tormento”*. Al usar un término que significa *látigo* o *correa del látigo* (en sentido figurado, *tormento*), se ve su intención de clarificar a sus lectores no solamente la gravedad del mal que padecía, sino su procedencia. La palabra hace referencia indirecta a los que tienen en su mano el poder y el instrumento de tortura para someter. Quédense con esta palabra, *látigo*, *tormento*, con el que concluye este primer acto de la narración. Se repetirá también para finalizarla.

.....

[CHARLAS DE ENTREACTO]

— ¿Cómo llamaríamos a esta primera parte?

— **LA MUJER** — afirmó una contertulia sin dudarle; y el silencio aprobó el título.

— Da mucho que pensar todo esto. Hay cosas comunes en los últimos personajes. Hay como pistas de Marcos, señalando al lector el rumbo a seguir. El hombre de la Decápolis, Jairo y la mujer desahuciada se presentan como modelos de actuación. Los tres se mueven por propia iniciativa.

- El primero representa a los sometidos y aplastados por la fuerza poderosa de los poseedores de la tierra.
- La mujer representa al género femenino, discriminado y sin solución; también, al pueblo desposeído.
- Entre ambos personajes, Jairo, una persona real. Él parte de una clase social alta, pero, para encontrar lo que desea, necesita abandonar su posición de privilegio y convertirse en un indeseable. Es decir, se pone al mismo nivel de los otros dos personajes; en posición de excluido social.

Por lo tanto, y a fin de cuentas, los tres se deciden por el proyecto del Galileo estando fuera del orden establecido.

En todos ellos hay un enfrentamiento al pensamiento común hecho norma. Y, aunque aún nos falta ver el desarrollo final de lo ocurrido con la hijita de Jairo, todos consiguen sus objetivos desde esa posición inversa a la práctica oficial. Me parece significativo.

— Hay otro elemento en común. El hombre de la Decápolis y la mujer de esta parte del mar aluden a situaciones padecidas por colectivos humanos en situación desesperada. Con Jairo aún no hemos terminado, pero habrá que verlo.

— ¡Y el arranque que tuvieron los tres!

— Únicamente quiero añadir que Marcos está marcándonos la pauta, para el caso de que optemos por salir de donde estamos y nos decidimos por la vida. El manual lo hemos visto claro: La reflexión, la

estrategia, la ejecución... Y para que no nos durmamos en la reflexión, los tres personajes son modelos de diligencia que incitan a no perderse dando vueltas y vueltas para no tomar ningún camino.

— Muy bien. Y ¿a qué sitio llegaremos?

— A otro mundo, no te quepa duda. Es posible otra sociedad que posibilite la igualdad y la justicia. No se hará hasta que no tengamos el coraje necesario para abrir esa puerta y mientras nos escondamos en la neutralidad de este lado, en medio de la multitud.

— No entiendo por qué hay que hablar de sociedades. Esto es un asunto de conciencia y de actitud interior. Cada uno responde espiritualmente con la fe y la oración. Luego, hace por los demás según su propia generosidad. No sé, pero me parece que están hablando de un partido político. Veo que nos estamos cargando la religión...

— Miren. Esa interpretación de Marcos es más susceptible de ser criticada por lo que omite que por lo que dice. Aporta reflexiones curiosas; contiene elementos dignos de valorar. Es muy aceptable la profundización en las palabras, para extraer de ellas su hondo contenido. También tiene su mérito relacionar expresiones del texto con las de otros pasajes. De igual forma, resulta encomiable el esfuerzo por trasladar la enseñanza de Marcos a un lenguaje actualizado; o, si se me apura, su aplicación a situaciones reales de nuestro entorno. Estoy convencido de que, incluyendo otras ideas de mayor alcance no mencionadas, se potenciaría significativamente el valor de esa lectura. Con un diálogo sosegado, quizás si modificáramos algunos planteamientos, podríamos conseguir una síntesis preciosa del evangelio.

— Perdona mi incultura, pero ¿puedes concretar algo de lo omitido?

— Se evita..., por ejemplo...hacer referencia... a la divinidad de Jesucristo...

— No se evita. Sencillamente, Marcos no habla de eso en este episodio.

— Sí lo hace cuando se supone que la mujer fue a buscar en Dios una solución imposible para los hombres.

— ¿Cómo se le podía pasar por la cabeza a la mujer que aquel hombre era Dios? Eso era inimaginable para ella. Con el concepto tan elevado que los judíos han tenido siempre de Dios, esa idea habría repugnado a la mujer y a cualquier contemporáneo suyo tanto o más que a nosotros.

— Si ni siquiera los discípulos confiaban en la ortodoxia del Galileo. Dudaban de sus planteamientos, porque se desviaban de manera evidente de las ideas transmitidas por las Sagradas Escrituras. Además, la mujer se encontraba en ese estado de discriminación a raíz de lo estipulado en la ley de Dios. Para colmo, había llegado a esa situación tan lamentable empujada por el rigor de los representantes divinos...

— Aún admitiendo la hipótesis de que la mujer no reconociera su condición divina, el milagro se produce; ese hecho indiscutible demuestra la realidad celeste de Jesús.

— Lo que se demuestra es que cuando la mujer y los pueblos se ponen en marcha con decisión consiguen lo que les pertenece, lo que se les ha negado durante siglos con el pretexto de que lograrlo era imposible.

— Pero es obvio que hubo milagro. Surgió de la energía divina del Galileo...

— De haber existido milagro, lo realizó la mujer al desenmascarar los pretextos, y tras ellos, a los autores del descomunal latrocinio.

— La vía que siguen lleva inexorablemente a quebrar el principio de autoridad.

— Mejor, pone en cuestión la autoridad de ese y de otros principios universales.